

¿Enemigos ficticios? Identidades políticas asumidas y asignadas en las Casas de Estudiantes de Provincia en la Ciudad de México, 1974-1980

Resumen: En la década de 1970, los habitantes de las Casas participaron en distintas luchas populares, lo que generó un ambiente de confrontación con las autoridades y contra los compañeros que no se sumaron a las protestas. Así, se libró un duelo discursivo en el que gobierno y estudiantes desacreditaron sistemáticamente a la otredad. Los conceptos que aquí se proponen invitan a reflexionar sobre la autenticidad de su enemistad tanto en el discurso como en la acción.

Palabras clave: identidades políticas, estudiantes, régimen, revolucionarios, enemigos ficticios.

Fictitious enemies? Assumed and Assigned Political Identities at the Provincial Student Houses in Mexico City, 1974-1980

Abstract: In the 1970s, the inhabitants of the Casas participated in various popular struggles, which generated an atmosphere of confrontation with the authorities and against those who did not join the protests; thus, a discursive duel was fought in which the government and students systematically discredited the otherness. The concepts proposed here invite us to reflect on the authenticity of their hostility in discourse and action.

Keywords: political identities, students, regime, revolutionaries, fictitious enemies.

Inimigos fictícios? Identidades políticas assumidas e atribuídas nas Casas de Estudantes de Província na Cidade do México, 1974-1980

Resumo: Na década de 1970, os moradores das Casas participaram de várias lutas populares, o que gerou uma atmosfera de confronto com as autoridades e contra seus colegas que não se juntaram aos protestos; assim, foi travado um duelo discursivo no qual o governo e os estudantes desacreditaram sistematicamente a alteridade. Os conceitos propostos aqui nos convidam a refletir sobre a autenticidade de sua inimizade tanto no discurso quanto na ação.

Palavras-chave: identidades políticas, estudantes, regime, revolucionários, inimigos fictícios.

Cómo citar este artículo: Misael Armando Martínez Ranero, "¿Enemigos ficticios? Identidades políticas asumidas y asignadas en las Casas de Estudiantes de Provincia en la Ciudad de México, 1974-1980", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 24 [2024]: 204-225.

DOI: 10.17533/udea.trahs.n24a10

• **Fecha de recepción:** 31 de julio de 2023

Fecha de aprobación: 11 de octubre de 2023



Misael Armando Martínez Ranero: Candidato a Doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM].

Correo electrónico: misael_ranero@hotmail.com

iD <http://orcid.org/0000-0001-7393-4347>

¿Enemigos ficticios? Identidades políticas asumidas y asignadas en las Casas de Estudiantes de Provincia en la Ciudad de México, 1974-1980

Misael Armando Martínez Ranero

Introducción

A mediados del siglo XX, la insuficiencia de espacios educativos en el interior de la república ocasionó que un importante número de estudiantes se trasladaran a las ciudades con mayor infraestructura para continuar con su formación. En ese escenario, el entonces Distrito Federal tenía más del 50 % de la población estudiantil que cursaba el nivel superior,¹ principalmente en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Para atenuar las deficiencias el Estado impulsó la creación de universidades públicas en las entidades federativas que carecían de ellas y, de manera paralela, cobijó a los jóvenes de escasos recursos que migraron a la capital del país con la habilitación de Casas de Estudiantes de Provincia (CEP).

Si bien no puede sostenerse que las CEP formaron parte de un proyecto de nación, sí se incluyeron dentro del gasto social contingente y entre 1950 y 1980 llegaron a existir más de 200 Casas en la ciudad de México, todas con la misma finalidad, pero tan diferentes entre sí como los tiempos en que se fundaron, la región a la que pertenecían y los jóvenes que las habitaban. Más allá de las especificidades de cada CEP, lo que aquí interesa analizar es la manera en que los moradores asumieron y asignaron identidades políticas en función de los conflictos que enfrentaron; es decir, cómo definieron y se autodefinieron en la teoría y cómo actuaron en la práctica.

Aunque las CEP surgieron a mediados del siglo pasado, fue hasta 1974, tras la conformación del Consejo Nacional de Casas de Estudiantes de Provincia (CNCEP),² cuando se inició una confrontación directa y recurrente en contra de las instituciones que las financiaban, principalmente para demandar aumento

1. El 68.3 % en 1950, el 67.6 % en 1960 y el 52.7 % en 1970. Herculano Ríos Ferrusca, “La desconcentración de la educación superior en cifras”, *Revista de la Educación Superior* 30.120 (2001): 6.
2. El CNCEP contó con la afiliación de 33 Casas entre las que destacaron la de Campeche, Zaca-tecas, Guerrero, Oaxaca, Puebla, Baja California y Sonora.

del subsidio y solicitar la apertura de nuevas Casas. La enemistad entre ambos bandos se hizo patente en los discursos. Los estudiantes se expresaban por medio de “volantes”, “pintas”, “pegas”³ y consignas en los mítines, mientras que las autoridades recurrieron a las declaraciones públicas y a la prensa (¿manipulada?) para comunicar su postura.

A lo largo de los años el conflicto se fue actualizando, sumando más agravios y agraviados a la lista, hasta que, por decreto oficial, las CEP cerraron sus puertas en febrero de 1980.⁴ Así, los seis años que engloban este estudio vieron desfilar a varios alumnos por las calles y los edificios que representaban a un Estado que atentaba contra el funcionamiento de las Casas que él mismo había habilitado, pero que ya no estaba dispuesto a sostener. La evidente polarización del problema promovió un duelo discursivo en el que autoridades y estudiantes se desacreditaron sistemáticamente dentro de dos contextos determinantes para el fenómeno de estudio: uno internacional, conocido como Guerra Fría, y otro nacional, llamado “guerra sucia”.⁵

Sostengo que tanto en los discursos como en las acciones existieron más similitudes de las que ambos grupos desearían reconocer. Cabe aclarar que la exposición del caso no pretende cuestionar ni evaluar el grado de congruencia entre discurso y acción, lo que se busca es enunciar las caracterizaciones propias y ajenas que invitan a pensar en dos grupos antagónicos, pero que, al analizarlas, revelan una enemistad ficticia respecto a dos consideraciones: la primera, el uso indiscriminado de las etiquetas por su carga axiológica y la segunda, las confrontaciones entre los propios estudiantes que, sin mediar ideología, respondieron a motivos más mundanos como el lucro o el ajuste de cuentas.

Precisamente, tales consideraciones son las que dan origen a los dos apartados en que se divide este artículo. Por un lado, los conflictos de los miembros de las CEP con los distintos niveles de gobierno (federal, estatal y local) y la manera en que se denominaron, se desprestigiaron y se utilizaron mutuamente. Y, por otro lado, las disputas internas que evidenciaron que el enemigo también estaba en Casa. De tal suerte que, mediante el análisis de los discursos vertidos en la prensa, en los informes de la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales

3. En México los volantes eran papeles impresos que se repartían a la gente, principalmente en el transporte público y en las escuelas, para compartir información relacionada con las protestas y demandas. Por su parte, las pintas y las pegas también eran informativas, sólo que éstas se escribían o se pegaban directamente en las bardas de los edificios y en las calles durante o previo a las manifestaciones.
4. DOF, https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4848955&fecha=28/02/1980#gsc.tab=0 (28 de febrero de 1980).
5. Sobre ambos periodos se profundizará en el siguiente apartado, baste aquí con señalar que, tal como apuntan Camilo Vicente, César Vilchis y Eugenia Allier, este texto tiene un “acento particular en el periodo de violencia política y autoritarismo estatal de la segunda mitad del siglo XX”, habitual en los trabajos de la Historia del tiempo presente. Eugenia Allier Montaño y otros, “Introducción”, *En la cresta de la ola. Debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente*, coords. Eugenia Allier Montaño, César Vilchis Ortega y Camilo Vicente Ovalle (México: IIS-Bonilla Artigas Editores, 2020) 20.

(DGIPS) y en los testimonios de algunos ex habitantes de las CEP se describirá una enemistad que tuvo mucho de real, pero también un dejo de ficción.

1. El gobierno fascista

De acuerdo con Reinhart Koselleck, las posturas dualistas pueden promover la construcción de “enemigos ficticios”.⁶ En el caso concreto de los movimientos estudiantiles, las autoridades y los estudiantes tradicionalmente pertenecen a bandos encontrados; sin embargo, cabría preguntar si esa oposición se presenta también en el plano de las identidades políticas y de las acciones. En ese sentido, pese a las especificidades de cada evento, la mayoría de los miembros de las CEP que se manifestaron en las calles y en las instituciones gubernamentales se asumieron como grupos de izquierda, al tiempo que asignaron una identidad de derecha al Estado mexicano y a los compañeros que no los apoyaban.

El uso del binomio horizontal izquierda-derecha permite generalizar el posicionamiento de los distintos actores; no obstante, esa misma practicidad lo hace impreciso y un tanto superficial. De tal forma que, encasillar a los sujetos en alguno de los dos hemisferios resultaría reduccionista y podría distorsionar la realidad. Aun así, las posturas dualistas sirven para desmarcarse de la otredad, ya que ponen de manifiesto la manera en que se perciben y la manera en que concretan al enemigo a partir de las identidades políticas, o de lo que entienden por ellas.

Aquellos que etiquetan tienen la doble ventaja de adoptar lo positivo y conceder lo negativo; por lo tanto, las características asumidas y asignada por los actores hacían insalvables los conflictos y repartían las culpas desde antes de que éstos se originaran. Por ello, ante la falta de matices, los lugares de enunciación invitaban a decantarse por algún bando: el estudiantado consciente en contra del Estado represor o la estabilidad del régimen en contra del desorden juvenil. Ese encuadre permite aventurar que, mientras los estudiantes recurrían a la identidad política para dotar de sentido sus actos, las autoridades justificaban sus acciones por la acción misma.

La idea anterior puede respaldarse con la indefinición ideológica del Estado mexicano y con la urgencia de los jóvenes por hacer notar que su participación en las protestas era producto de una toma de conciencia política y social. De tal modo, desde la posición del estudiantado, aquellos que no se pronunciaban en contra del gobierno carecían de un pensamiento crítico y del anhelo revolucionario que debía permear en la sociedad. Esa lectura, ampliamente difundida y defendida por los partícipes de los movimientos estudiantiles, relega la existencia de una juventud apolítica y de otra juventud, aun más despreciable para el espíritu de la época, que fungió como aliada del Estado.

6. Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (Madrid: Trotta, 2012) 197.

Así, en consonancia con la propuesta de Rico Moreno y Salazar Rebolledo, se pretende cuestionar la sedimentación de las características con las que suelen identificarse a quienes fueron jóvenes en las décadas de los años sesenta y setenta, vistos típicamente como “personas activas políticamente; con un profundo compromiso con las causas sociales y las preocupaciones populares; miembros de alguna institución educativa, principalmente la UNAM o el Instituto Politécnico; y cuyas vivencias se estructuraron en torno principalmente a los eventos de 1968”. Condiciones que, a criterio de los autores, “han diluido las experiencias ajenas a los seis meses de movilizaciones entre junio y diciembre”⁷ y, por ende, han soslayado las posibilidades distantes a ese paradigma.

Este estudio se inserta en el marco de la Guerra Fría, periodo de convulsión internacional que, al término de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), polarizó el orbe en dos bloques predominantes: comunista y capitalista.⁸ Esa división remite nuevamente al problema dual de izquierda-derecha, comunistas-capitalistas, al tiempo que deja de lado a todas aquellas naciones que, incluso siendo afectadas, no se adscribieron a ninguna de las dos ideologías, o lo hicieron bajo los influjos regionalistas con sus respectivas filias y fobias políticas.

En el caso mexicano, durante la segunda mitad del siglo XX los distintos gobiernos adoptaron el anticomunismo como parte de una estrategia política de control social, pero ese guiño no basta para concluir que era un país de derecha. De hecho, declaraciones como la presentada por el presidente Adolfo López Mateos (1958-1964) durante su gira por Sonora presumían todo lo contrario: “mi gobierno es, dentro de la Constitución, de extrema izquierda”.⁹ De ese modo, si nos ceñimos al binomio izquierda-derecha de aquel contexto, resultaría complicado pensar en un gobierno que se proclamara de extrema izquierda y que a la vez fuera anticomunista.

En ese tenor, el régimen priista se autoproclamó heredero de la gesta revolucionaria y negó la posibilidad de que existieran reclamos y posicionamientos revolucionarios fuera del gobierno. Cada sexenio enfrentó diferentes disonancias, pero, sin importar el origen y el móvil de las protestas, eran tildadas de antipa-

7. Javier Rico Moreno y Juan Salazar Rebolledo, “¿Dónde están los muchachos? Una aproximación a la diversidad sociocultural de los jóvenes mexicanos de los años setenta”, *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México*, coords. Mario Santiago Jiménez y Denisse Cejudo Ramos (México: UNAM-DGAPA, 2018) 118. Los trabajos de Denisse Cejudo (2019) y Eugenia Allier (2021) son fundamentales para problematizar el proceso de mitificación del movimiento estudiantil de 1968 (ME68).
8. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) quedó al frente de los países comunistas y los Estados Unidos de América (EUA) controlaron a los países capitalistas. Pedro Rivas Nieto y Pablo Rey García, “Bipolaridad y Guerra Fría en Iberoamérica. La Doctrina de Seguridad Nacional en el mundo de bloques”, *Espacios Públicos* 12.24 (2009): 161-175.
9. Discurso de Adolfo López Mateos presentado en Guaymas, Sonora, el 1 de julio de 1960. Doralicia Carmona Dávila, “Memoria política de México”, edición perenne de 2019, en <<http://www.memoriapoliticademexico.org/Efemerides/7/02071960.html>> [Consulta: 8 de julio de 2023.]

trióticas, enemigas del sistema y del progreso que éste enarbolaba.¹⁰ Dentro de la línea que adoptaron y defendieron los dirigentes del ejecutivo nacional, el mismo López Mateos con motivo de su tercer informe presidencial declaró lo siguiente:

Una propaganda tenaz, hábil y sistemática, un cierto afán de novedad, y el menor esfuerzo que implican las limitaciones irreflexivas, ha llegado a producir entre nosotros el contrasentido de que en nombre de un pretendido sentimiento revolucionario con ideario prestado, algunos quisieran enjuiciar y enfrentarse al Gobierno nacido de la Revolución, que está empeñado en realizar con intenso afán, y dispuesto a mantener, por encima de todo, la doctrina política-social que emanó de nuestro pueblo.¹¹

Así, sin importar quién fuera el portador de la banda presidencial, pueden detectarse algunas constantes discursivas que, ante el fantasma del comunismo, sirvieron para justificar las acciones gubernamentales bajo un presunto sentido patriótico y conciliador, en contra de las “doctrinas exóticas” y todo aquello que pusiera en entredicho la postura oficial. Aunque las medidas de represión y contención sí variaron en cada conflicto, ante la opinión pública procuró reducirse el panorama a una dualidad maniquea que sólo aceptaba patriotas o enemigos. En las páginas de los diarios y en los discursos emitidos por los funcionarios de gobierno era claro quiénes ocupaban cada uno de los bandos.¹²

Por su parte, existió un universo heterogéneo de tendencias de oposición estudiantil. Los integrantes de las CEP que organizaron marchas y mítines se asumieron en sus discursos como marxistas, trotskistas, maoístas, leninistas, etcétera.¹³ Posturas que, si bien no son necesariamente encontradas, tampoco pueden catalogarse como uniformes. Sin embargo, lejos de acusar una deficiencia o carencia ideológica, interesa aquí analizar por qué se etiquetaron como partidarios de tal o cual corriente y qué implicaciones tuvo ese posicionamiento en su participación.

Para cuestionar la racionalidad con la que esos grupos e individuos actuaron es necesario considerar que no buscaban adherirse cabalmente a una ideología —si es que esto existiera—, sino que su intención recaía en la acción. Tampoco puede ignorarse que acción e ideología están interconectadas y que, en menor o mayor medida, la una responde a la otra. Al respecto, para Franco Savarino las ideologías

10. Elisa Servín, “Los ‘enemigos del progreso’: crítica y resistencia al desarrollismo del medio siglo”, *Del nacionalismo al neoliberalismo, 1940-1994*, coord. Elisa Servín (México: Fondo de Cultura Económica, 2010).

11. Adolfo López Mateos, “Informes presidenciales”, 2006. <https://www.diputados.gob.mx/sedia/sia/re/RE-ISS-09-06-12.pdf> (16/07/2023).

12. Para un análisis más completo sobre los discursos y posicionamientos políticos del periodo véase Misael Martínez Ranero, “El tránsito hacia la enemistad: alusiones al estudiantado en los informes presidenciales de México (1946-1982)”, *Espectra* 5.9 (2023): 94-127.

13. DGIPS, “Representantes de estudiantes, del Patronato de Asistencia a éstos y funcionarios de la SEP, se reunirán el próximo 3 de marzo para discutir las peticiones que harán los primeros”, Ciudad de México, 23 de febrero de 1978. AGN, México, fondo SEGOB-IPS, caja 1613-C, exp. 11, ff. 212-213.

son motores de la historia que orientan y condicionan con probada eficacia los comportamientos individuales y colectivos, especialmente en épocas convulsas.¹⁴

Así, según el duelo discursivo, los estudiantes se posicionaron, junto con obreros y campesinos, como defensores de las causas populares en contra del “gobierno fascista”.¹⁵ Sin desatender que, en repetidas ocasiones, las etiquetas se otorgaban por la carga axiológica negativa o positiva que las palabras solían implicar, sin que forzosamente existiera alguna relación. En ese sentido, tanto en México como en Latinoamérica existió una transformación, apropiación y difusión del concepto “fascismo”, el cual tuvo un uso extendido como sinónimo de violencia de Estado y represión.¹⁶

Huelga decir que ni el régimen mexicano era fascista, como enunciaban sus detractores, ni todos los estudiantes eran “rojos” o rebeldes, como las autoridades solían argüir y algunos sectores de la prensa parecían respaldar. Inclusive, a pesar de surgir en tiempos y espacios diferentes, debe recordarse la existencia de oposiciones juveniles radicales cuyo seno católico las identificó claramente como de derecha, gestadas y promovidas en las instituciones educativas, donde las universidades constituyeron el principal centro de reclutamiento.¹⁷

Si se observa, tanto los grupos estudiantiles insurrectos como los integrantes de las organizaciones secretas-reservadas, católicas y anticomunistas tuvieron en el Estado a su principal antagonista; si los primeros se asumían de izquierda y los segundos de derecha, ¿cómo era posible que ambos compartieran enemigo? En este punto el binomio ideológico resulta insuficiente y, por lo tanto, para este estudio se propone el uso de los conceptos anti-régimen y pro-régimen, los cuales atienden la orientación de los discursos y las acciones en relación con el orden establecido.¹⁸

14. Franco Savarino, “La ideología del fascismo entre pasado y presente”, *Diálogos entre la historia social y la historia cultural*, Franco Savarino, Gumersindo Vera, Alejandro Pinet y Pedro Quintino (México: INAH/AHCALC, 2005) 256.

15. DGIPS, “Marcha-mitin organizada por el Consejo Nacional de Casas de Estudiantes de Provincia, de la Escuela Normal Superior a la SEP”, Ciudad de México, 28 de febrero de 1978. AGN, México, fondo SEGOB-IPS, caja 1613-C, exp. 11, ff. 276-296.

16. Savarino 258.

17. Grupos como los Tecos de Guadalajara en 1933, el Yunque de Puebla en 1954 y el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) de la Ciudad de México en 1962, por enunciar a los más destacados. *Vid.* Mónica López Macedonio, “Los Tecos en el México de la primera mitad de los años setenta y su proyecto transnacional anticomunista” (tesis de maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, 2007) y Mario Santiago Jiménez, “Anticomunismo católico. Raíces y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975” (Tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, 2012).

18. A diferencia de lo ocurrido en otros países latinoamericanos, México no experimentó una dictadura, por lo menos desde la versión oficial. Se eligió el concepto régimen en lugar de gobierno por el carácter represivo y autoritario que lo caracterizó durante las décadas de 1950, 1960 y 1970.

Cabe precisar que no se sugiere una dualidad excluyente, sino distintos derroteros que convergieron en alguno de los dos puntos. Una de las posibilidades dispares sería la existencia de grupos a-régimen; es decir, aquellos que no comulgaron con el posicionamiento del Estado, pero que no arremetieron en su contra; aunque debe advertirse que la no intervención conlleva también una toma de postura e, indirectamente, el apoyo a uno u otro bando. Después de todo, autoridades y estudiantes bien podían ser enemigos ficticios hasta que la praxis determinara lo contrario, e incluso, como sucedió en el caso de los grupos porriles,¹⁹ lejos de ser enemigos, podían comportarse como aliados.

Como se anticipó, la relación entre las autoridades y los estudiantes de las CEP se desarrolló con relativa calma durante los primeros 24 años de existencia. El gobierno federal, a través de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y de la extinta Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA), brindaba las dotaciones alimenticias y los enseres para las Casas que tenían registradas; los gobiernos estatales eran los encargados de costear la renta de los inmuebles; mientras que los residentes, sólo en algunos casos, aportaban una cuota mensual para los gastos corrientes. A pesar del patrocinio gubernamental, los moradores eran los encargados de regular el funcionamiento interno de las Casas, rasgo que a la postre sirvió a los funcionarios para acusar un ambiente de inestabilidad en torno a ellas.

En todo caso, los grupos anti-régimen habían comenzado el decenio de los setenta con varias lecciones a costas. Desde las pugnas de mayor impacto emplazadas por figuras icónicas como Othón Salazar, miembro de la sección IX del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), y por el líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo, ambas en 1958, hasta el movimiento médico de 1964-65 y las emblemáticas matanzas estudiantiles de 1968 y 1971 en la Ciudad de México. Dichas lecciones permitieron ampliar y consolidar algunos repertorios de acción de los disidentes, pero, al mismo tiempo, vieron reducir los mecanismos de represión estatal a la luz de la llamada “guerra sucia”.

A propósito del concepto “guerra sucia”, existen distintas perspectivas y los alcances e implicaciones del término continúan discutiéndose. Se utilizará aquí como categoría de análisis que engloba el ejercicio coercitivo extralegal del régimen en sus distintas manifestaciones entre las décadas de 1960 a 1980, sin ignorar que algunas de esas prácticas y sus agravios tienen antecedentes más lejanos o permanecen vigentes.²⁰ Cabe añadir que esas políticas de Estado no fueron exclusivas

19. Los porros o grupos porriles se desprenden de las *porras*, definidas por Hugo Sánchez Gudiño como asociaciones de pandilleros jóvenes que aparecen como grupos de animación, cuyos lazos de identidad confluyen en el deporte que practica su equipo favorito en los campus universitarios, erigiéndose como “intermediarios” entre las autoridades y los estudiantes por medio de la violencia y la agresión física. Hugo Sánchez Gudiño, “Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)” (Tesis de Doctorado en Ciencias Políticas, UNAM, 2004) 131.

20. Las medidas de represión se implementaban en función del riesgo calculado. Podían ir desde el sabotaje de alguna manifestación hasta el desprestigio, encarcelamiento, exilio, secuestro, asesinato o desaparición forzada de los disidentes. Ver Camilo Vicente Ovalle, “Una violencia que no

de nuestro país, sino que se insertaron dentro de un marco global que devinieron en dictaduras en varias naciones latinoamericanas.

En México, el punto más crítico de la “guerra sucia” acaeció durante el sexenio de Luis Echeverría (1970–1976). Para entonces, tras los fatídicos sucesos de 1968 y 1971, algunos sectores estudiantiles se radicalizaron y entraron en confrontación directa con el Estado en distintos puntos del país, principalmente en zonas urbanas. Dentro de ese contexto se conformó el CNCEP, con la finalidad, en palabras de los miembros fundadores, de “encauzar las demandas de los estudiantes de provincia, pero también para expulsar a los porros de las CEP”.²¹ Independientemente de los objetivos y alcances del Consejo, las tensiones de la época desbordaron los temores políticos y tanto los jóvenes como los funcionarios actuaron en consecuencia bajo la “tesis de la desproporción”.²²

Así las cosas, desde septiembre de 1974 se detonó un ciclo de protestas que involucró a los miembros del CNCEP y a los distintos niveles de gobierno porque muchas de las demandas rebasaron el ámbito académico y el plano de lo local. Aunque la apertura de nuevas Casas y el aumento del subsidio fueron las principales exigencias de los provincianos en las manifestaciones que ellos mismos organizaban (típicamente en los edificios de la SEP), también tuvieron presencia en las luchas populares y apoyaron con gente y raciones alimenticias en huelgas de trabajadores y tomas de tierras. De acuerdo con la información recopilada, esa línea de acción hizo incluir a las CEP en la lista de “espacios sospechosos”.

Fue así como las Casas y sus habitantes se convirtieron en objeto de vigilancia por parte de los órganos de seguridad del régimen, justificada o injustificadamente. Curiosamente, mientras que en otros conflictos el Estado procuró despolitizar los móviles para criminalizar las acciones, en el caso de los estudiantes se censuró su participación política por ser ajena a las labores propias de su actividad. Se incluyeron así dos elementos para desacreditar las protestas de quienes integraban las CEP y de los movimientos estudiantiles en general; a saber, los jóvenes debían concentrarse en sus estudios y dejar las cuestiones políticas para los adultos, sobre todo cuando sus posicionamientos eran “calcas de doctrinas exóticas” y atentaban contra la visión patriótica de las autoridades.

Para terminar con el sistema de ayudas diversas (SEP y SSA) y para administrar los recursos destinados a las CEP, en el año de 1977 se creó el Patronato de Asistencia para los Estudiantes de Provincia (PAEP).²³ Desde que inició funciones y hasta su cierre, el Patronato y sus dirigentes se convirtieron en los blancos principales de los reclamos, en especial de quienes estaban adscritos al Consejo.

quiere decir su nombre. La creación del enemigo político y la desaparición forzada en México, 1970–1980. Elementos para una historia” (Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2013) 32.

21. Entrevista de Misael Martínez Ranero a Leopoldo de Gyves, Ciudad de México–Juchitán, 27 de junio de 2020.

22. Vicente Ovalle 55.

23. S/A, “Los subsidios a ‘Casas de Estudiantes’ se darán a través de un Patronato, por decreto”, *Excelsior* (México), 9 de marzo de 1977: 9.

Nuevamente se polarizaron los discursos, los estudiantes se asumieron como revolucionarios que vivían en Casas democráticas y calificaron al PAEP como la traba burocrática y a su presidente, Juan Maldonado Pereda, como “padrino de los porros”. Por su parte, el Estado se asumió como heredero y defensor de las causas revolucionarias y tachó de “fósiles”²⁴ y drogadictos a quienes dirigían las CEP.

Las acusaciones adquirieron un tono marcadamente maniqueo que, a la larga, terminó por perjudicar a los provincianos. En ese tenor, un sector de la prensa comenzó una campaña para desprestigiar la imagen de las CEP y con relativa frecuencia aparecieron notas que informaban los múltiples delitos y fechorías que cometían los jóvenes en las inmediaciones de las Casas.²⁵ Para entonces, tanto las autoridades como los estudiantes habían adoptado la violencia como instrumento de lucha política; de ese modo, no importaba en qué orden iniciaran las hostilidades, porque ante la opinión pública las CEP comenzaron a percibirse como espacios que debían ser clausurados.²⁶

Mientras el gobierno calumniaba en periódicos y otros medios de comunicación, como radio y televisión, los estudiantes replicaban en las calles con sus gritos de protesta:

“¡Che Che Guevara el Patronato a la chingada!”

“¡Aplaudan, aplaudan y no dejen de aplaudir que el pinche gobierno tiene que morir!”

“¡Con la hoz y el martillo venceremos a Portillo!”

24. Coloquialmente se le llama fósil en México a los estudiantes que van rezagados con respecto a sus compañeros de los cursos iniciales o que llevan inscritos más años de los que se estipula en el plan de estudios.

25. Véanse por ejemplo: Ernesto Lara, “Expulsados los revoltosos de la Casa del Estudiante de Zacatecas”, *Avance: el diario de la capital* (México), 25 de septiembre de 1976: 16; Ernesto Lara, “Varios detenidos y más de 10 lesionados en un enfrentamiento entre estudiantes”, *Avance: el diario de la capital* (México), 9 de marzo de 1976: 12; Ernesto Lara, “Los porristas desatan una ola de violencia en contra de los estudiantes”, *Avance: el diario de la capital* (México), 10 de mayo de 1975: 12; Ernesto Lara, “Un muerto, varios heridos y docenas de detenidos en un zafarrancho estudiantil”, *Avance: el diario de la capital* (México), 2 de octubre de 1976: 14; Ernesto Lara, «Peligroso porro capturado tras enfrentarse con la policía», *Avance: el diario de la capital* (México), 23 de noviembre de 1977: 12; Ernesto Lara, “Las Casas de Estudiantes deben ser centros de convivencia, no refugios de delincuentes: Alanís”, *Avance: el diario de la capital* (México), 22 de noviembre de 1977: 12; S/a, «La Casa de Estudiantes de Sonora convertida en nido de pandilleros», *Avance: el diario de la capital* (México), 29 de marzo de 1978: 12; S/a, “Fenomenal bronca en la Casa del Estudiante Tabasqueño; 29 presos”, *Avance: el diario de la capital* (México), 13 de septiembre de 1976: 12; Lucía Ramírez Corona, “Porros atacan a Casas de Estudiantes”, *Avance: el diario de la capital* (México), 13 de marzo de 1977: 5.

26. En efecto, como apunta Jaime Pensado para el caso del ME68, los grupos de choque se utilizaron “no sólo para reprimir selectivamente insurrecciones estudiantiles, sino también para dividir a la izquierda y crear confusión entre el estudiantado, ya que la prensa no hacía distinciones entre violencia ‘porril’, violencia estudiantil y actos militantes de autodefensa o protesta”. Jaime Pensado, “Entre perdigones, provocadores y noticias apócrifas: Un caso comparativo a la represión estatal durante el movimiento estudiantil del ’68 en México y Uruguay”, *Movimientos estudiantiles del siglo XX en América Latina*, coord. Vania Markarian (Rosario: HyA Ediciones, 2018) 121.

“¡Este puño no es fascista es de lucha socialista!”²⁷

Con un año de servicio y en coordinación con la administración de José López Portillo (1976-1982), desde el Patronato se estipuló la implementación de una nueva medida. A partir del 30 de abril de 1978 se retiraría el subsidio y se suspendería el pago del alquiler de las CEP. A cambio, en apego con las presuntas medidas de austeridad del gobierno en turno, se concedería una beca individual de 2 000 pesos para quienes cursaban el nivel profesional y de 1 500 pesos para los de nivel preparatoria.²⁸ El inminente cierre de las Casas tensó aún más la situación y los miembros de las distintas organizaciones, ya no sólo del CNCEP, intensificaron las labores de protesta; sin embargo, el movimiento no alcanzó la suficiente consistencia y el Estado terminó por imponer su decisión.

Si bien podría argumentarse que el gobierno estaba facultado para determinar el cese de las Casas, puesto que formaban parte del gasto social, lo cierto es que las autoridades se valieron de métodos que sobrepasaron lo moral y legalmente permitido, entre los que sobresalen la vigilancia, la infiltración de agentes, el uso de grupos porriles, el secuestro, la tortura, el asesinato y la desaparición forzada de varios habitantes de las CEP. La escalada gradual de la violencia en contra de esos jóvenes sólo se explica, aunque no se justifica, dentro de la época de la conainsurgencia,²⁹ sin importar que sólo una porción minúscula de ellos militó en la insurgencia.

En ese escenario, y aunque la mayoría de las acciones extralegales ocurrieron bajo el anonimato y la clandestinidad, influir en la opinión pública se hizo prioritario y los discursos debían, además de promover el deber ser y externar el posicionamiento político, excusar las acciones cometidas o por cometer, máxime cuando podía anticiparse que no serían bien vistas por la ciudadanía. Lejos de detenerme en el análisis y descripción del conflicto por el cierre de las CEP —objeto ajeno a este estudio— me interesa rescatar un par de declaraciones que condensan las identidades políticas asumidas y asignadas entre los dos grupos en disputa. En palabras de los estudiantes:

27. DGIP, “Marcha de la ENS a la SEP, en apoyo a las Casas de Estudiantes de Provincia, organizada por diversos grupos estudiantiles”, Ciudad de México, 23 de febrero de 1977. AGN, México, fondo SEGOB-IPS, caja 1832-C, exp. 15, s/f.

28. DGIPS, “El cambio de pensiones a estudiantes de Casas de Provincia, por becas, ha provocado la reacción de individuos enquistados en las Casas, que cometen ilícitos”, Ciudad de México, 7 de marzo de 1978. AGN, México, fondo SEGOB-IPS, caja 1613-C, exp. 12, f. 111.

29. Camilo Vicente Ovalle define conainsurgencia como el “conjunto de políticas, programas y acciones, coordinadas en una estrategia centralizada que busca impedir, minar o derrotar a la insurgencia social, o lo que desde el Estado se comprende como insurgencia; una serie de movimientos y organizaciones que buscan transformar el régimen político”. Camilo Vicente Ovalle, *[Tiempo suspendido] Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980* (México: Bonilla Artiga Editores, 2019) 55.

Como consecuencia de la política represiva y demagógica del Estado burgués en beneficio de los intereses de la clase dominante, en la que se reprime sistemáticamente a los sectores estudiantiles conscientes y revolucionarios por medio de autoridades, ejército, policía y porros, en las que se da preferencia a grupos privilegiados, y se les niega todos los elementos y facilidades a todos los hijos de los trabajadores. [...] hemos decidido unificarnos y luchar por una solución real e inmediata de nuestros diferentes pliegos petitorios.³⁰

Por su parte, en voz de los funcionarios: “Las llamadas casas de estudiantes de provincia, que desde hace dos sexenios se han convertido en arsenales y en centros de adiestramiento guerrillero, donde se enseñan tácticas de guerrilla urbana, fabricación de bombas molotov y maniobras terroristas, deben ser investigadas exhaustivamente”.³¹ Si se observa cómo ambos discursos se ciñen a un escenario verosímil, los dos comunicados tienen tanto de verdad como de ficción; es decir, los hechos evidenciaban la implementación de una política represiva sistemática y, simultáneamente, daban cuenta de diversas tácticas de guerrilla urbana. Aunque en definitiva, ni el Estado burgués se volcó contra todos los hijos de los trabajadores ni las Casas fueron nidos de guerrilleros.

Como haya sido, a la diversidad de mecanismos y recursos gubernamentales debe sumársele la existencia de jóvenes estudiantes que, contrario a la versión romantizada de la rebeldía juvenil, aceptaron la “carnada burguesa” (las becas individuales) y de otra facción que careció de la conciencia social y del espíritu revolucionario pregonados en aquel periodo y se puso al servicio del Estado. La pregunta inmediata sería: ¿qué fue lo que motivó las riñas internas y los desacuerdos entre los propios estudiantes?

2. El enemigo también estaba en Casa

Aunque las CEP podrían catalogarse como espacios de sociabilidad *per se*,³² considero que no todos los rasgos distintivos de los inmuebles emanaron de las condiciones inherentes de sus inquilinos. Es decir, el rango de edad, el lugar de procedencia, la ocupación y la clase social fueron características que, salvo excepciones, forzosamente compartieron los residentes de las Casas como parte de los requisitos de admisión; no obstante, el posicionamiento político y la conciencia social, que

30. DGIPS, “En un volante que fue distribuido hoy en la UNAM se invita a una marcha que partirá de la ENS a las 16:00 hrs. el miércoles 17 del presente a la SEP en donde posteriormente se efectuará un mitin para protestar porque no se han concedido las demandas académicas y económicas”, Ciudad de México, 16 de noviembre de 1976. AGN, México, fondo SEGOP-IPS, caja 1832-C, exp. 15, s/f.

31. S/a, “Piden investigar las ‘Casas de Estudiantes’”, *La Prensa* (México), 22 de marzo de 1977: p. 25.

32. Se entiende el concepto sociológico de sociabilidad como la categoría histórica que permite caracterizar la politización y las manifestaciones culturales que se desprenden de la interacción social entre un grupo de individuos en un momento y lugar determinados, en este caso, las CEP. Véase: Willian Chapman Quevedo, “El concepto de sociabilidad como referente del análisis histórico”, *Investigación & Desarrollo* 23.1 (2015): 1-37.

no figuraron explícitamente en los reglamentos, fueron la piedra angular para las actividades de lucha y protesta dentro de las llamadas Casas democráticas pertenecientes al Consejo.

Si se desglosan las características generales de los habitantes de las CEP podrían asociarse con sus respectivas implicaciones. Por ejemplo: la edad y la ocupación los vincularon con un proyecto propio de esa etapa de vida, ser estudiantes y aspirar a un título profesional; el lugar de origen los dotó de identidad regional, expresada principalmente en la forma de comer, vestir, hablar y divertirse; mientras que el estrato social los hizo empáticos con los reclamos de obreros y campesinos por una motivación afectiva.³³ Sin embargo, es necesario aclarar que dichas características condicionaron las maneras de ser y de hacer, pero no las determinaron.

Así, las CEP de los jóvenes que no se involucraron en el activismo político manifestaron sociabilidades muy diferentes, toda vez que la convivencia se limitaba a regular su funcionamiento en un sentido básico: un lugar para estudiar, comer y dormir. Y aunque esas conductas no descartan la posibilidad de que se debatieran cuestiones políticas en el interior de esas viviendas, predominó la indiferencia y sus miembros no formaron parte sustancial de las marchas ni de los mítines. Todo lo contrario ocurrió con los integrantes del Consejo, que poseían un nivel más elevado de politización y fueron participantes asiduos en los eventos de protesta, sin importar quiénes fueran los agraviados.

En efecto, podría decirse que aquellos que se concentraron exclusivamente en el plano académico compartieron una expectativa socioeconómica, mientras que aquellos que se involucraron y comprometieron con las causas populares compartieron, además, una expectativa sociopolítica que se promovía en las CEP, pero que también pudo generarse fuera de éstas antes o durante su estadía. A diferencia de la primera expectativa, fundamentada en la profesionalización, la expectativa sociopolítica es más difícil de acotar y no puede pensarse como el motivo por el que los provincianos decidieron trasladarse a la capital del país; en otras palabras, la “activación de la conciencia” pudo ser consecuencia de las interacciones en las Casas, pero no fue la causa por la que ingresaron en ellas.

Pese a la complejidad, no puede ignorarse la existencia de elementos aglutinantes como los referentes (la Revolución cubana y el “che”), los enemigos (el Estado burgués, el Patronato y los porros), las corrientes teóricas (marxistas), los repertorios de acción (“boteo”, “volanteo”, “pegas”, “pintas” y “toma de camiones”) y la semántica empleada por esos sujetos (revolución, democracia y solidaridad). Todo ello como parte de una estrategia de lucha política que, según Arturo

33. El origen de clase es un elemento analizado por Aleida García como motivo de la inserción de los normalistas en los movimientos armados. Cabe recordar que uno de los requisitos para ingresar a las CEP era una carta de insolvencia económica, condición que, bajo ciertas reservas, justificaría la solidaridad de los habitantes con las luchas populares. Aleida García Aguirre, *La revolución que llegaría. Experiencias de solidaridad y redes de maestros y normalistas en el movimiento campesino y la guerrilla moderna en Chihuahua, 1960-1968* (México: Colectivo Memorias Subalternas, 2015) 90-92.

Sánchez Parra, “necesita del lenguaje para criticar un estado de cosas existentes y formular planes de transformación”, porque a través del discurso los estudiantes adjetivaron lo que confrontaban y dieron forma a sus anhelos.³⁴

Aunque la mayoría de esos jóvenes llegaron por distintos caminos a la ciudad de México, las redes de contacto que los vincularon con las Casas fueron filtros que, en mayor o menor medida, marcaron la pauta a seguir. Si bien los trámites para ser admitidos eran sencillos y no se les exigía cumplir con un perfil específico, el hecho de que las recomendaciones fueran realizadas por familiares o amigos era una condicionante que excluía e incluía al mismo tiempo. Por si fuera poco, más allá de las discusiones y acuerdos logrados durante las asambleas internas, los dirigentes eran quienes dictaban las líneas de acción a las que debían ceñirse los inquilinos como parte de una colectividad.

Con lo anterior no se sugiere que aquellos que se incorporaban a las CEP renunciaban a su capacidad de agencia; empero, en términos de identidad política, existió una tendencia general que los inclinaba a debatir lecturas marxistas en los círculos de estudio, que los invitaba a sumarse a las luchas campesinas, obreras y populares, y que incluso los alentaba a corear canciones de protesta:

Otro elemento importante que ahorita recordé es la música. Por ejemplo, en la Casa de Puebla siempre había música, todo el tiempo había música, pero la música que se escuchaba era la de Silvio Rodríguez, era la de Pablo Milanés o Mercedes Sosa. Ese tipo de música era la que se escuchaba siempre, si tú no la conocías ahí llegas a conocerla. Después la andabas cantando y tarareando, generalmente se ponía una bocina para poner radio Pantera ¿no?, ahí era ese tipo de música la que se iba poniendo y todos los identificamos y eso era parte de generar identidad, era parte de generar conciencia. Yo no lo sabía, te lo digo ahora desde la distancia, en ese momento pues yo sí tenía conocimiento de esa música porque mi hermano vivió ahí y porque llevaba discos a la casa y los ponía y nosotros, cuando él no estaba, los poníamos y entonces ya me sabía las canciones.³⁵

Ese tipo de costumbres se arraigaron en las CEP más participativas, pero no era algo que pudiera exigirse a todos los habitantes. En las asambleas generales (del CNCEP) y en las internas (propias de cada Casa) se ponía a discusión la manera en que se apoyaría y a qué contingentes se sumarían. Incluso había ocasiones en que los trabajadores o los afectados se presentaban directamente en las CEP para externar su problemática y el tipo de ayuda que requerían. Las resoluciones se tomaban de manera grupal, no obstante, la decisión de participar o no en los movimientos era personal. En esa clase de actividades no había coerción y sólo en los temas que afectaban o ponían en riesgo el funcionamiento de la Casa se exigía una colaboración unánime.

34. Arturo Sánchez Parra, “Estudiantes radicales en México. El caso de los ‘enfermos’ de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS): 1972-1974”, *Revista de Historia* 67 (2013): 80.

35. Entrevista de Misael Martínez Ranero a Aicela Fernández Zamora, Ciudad de México-Puebla, 29 de julio de 2020.

Entonces, así como hubo quienes se involucraron en diversas luchas populares dentro y fuera de la ciudad de México, hubo jóvenes que se enfocaron en sus estudios y en la obtención del título, relegando el activismo político que otros presumían. Aunque esa apatía pudo minar las acciones colectivas de los estudiantes de provincia, o cuando menos restarles empuje, para la desarticulación de las CEP fueron más decisivos los propios moradores que se pusieron a disposición de las autoridades y arremetieron contra sus pares mediante actos porriles. De manera concreta, la Asociación Nacional de Casas de Estudiantes (ANCE), fundada en 1975, surgió con la encomienda de contrarrestar las funciones del CNCEP y servir a los intereses de distintos funcionarios.

A partir de entonces, el Consejo se asumió como el ala consciente de las CEP y le asignaron el calificativo de Casas de porros a aquellas que conformaron la Asociación (mayoritariamente tabasqueñas). Por razones obvias, los líderes de la ANCE negaron categóricamente que en ellas se promovieran acciones porriles; sin embargo, tanto la prensa como los informes de la DGIPS y los testimonios de los ex habitantes coinciden en calificarlos como grupos de choque al servicio del Estado. Esa triple concordancia invita a pensar que, en efecto, habitaron porros dentro de algunas CEP, pero tampoco puede ignorarse que el término fue utilizado indiscriminadamente para etiquetar a los grupos y personas que no respaldaran sus métodos o posicionamientos.

Bajo tales circunstancias se sucedieron las “depuraciones” o “tomas” de Casas; a saber, acciones armadas, orquestadas por los dirigentes del Consejo o de la Asociación, en las que expulsaban a los bandos opositores con el argumento de que eran porros, infiltrados o que hacían un mal uso de los recursos y las instalaciones. Así, las personas que conformaron la ANCE se propusieron recuperar las Casas para su causa con métodos más agresivos. De acuerdo con Ernesto Lara, reportero del diario *Avance*, en 1975 los porros desataron una “ola de violencia en contra de los estudiantes” de las CEP.³⁶ El tono y la cantidad de las notas ya enunciadas dejan entrever que no se trató de un problema menor; por el contrario, la situación se fue agravando con el paso del tiempo y los distintos actores fueron radicalizando sus conductas en respuesta a la amenaza latente de sus opositores.

El testimonio de Miguel Guzmán señala que la intimidación de los grupos porriles provocó que algunos habitantes de las CEP portaran armas de fuego. Sostiene que no eran muchos los compañeros armados, pero se volvió necesario para enfrentar el acoso de las autoridades que comenzaron a vigilar, infiltrar agentes y orquestar tomas de Casas con ayuda de los porros: “Porque los porros no nos iban a ir a sacar con discurso, nos iban a ir a sacar a trancazos, entonces había armas para repeler una agresión fuerte y había compañeros muy atrabancados que no les importaba que les pudiera tocar una bala”.³⁷

36. Ernesto Lara, “Los porristas desatan una ola de violencia en contra de los estudiantes”, *Avance: el diario de la capital* (México), 10 de mayo de 1975: 12.

37. Entrevista de Misael Martínez Ranero a Miguel Guzmán Bravo, Ciudad de México, 9 de agosto de 2020.

Por su parte, los integrantes del Consejo recurrieron a la toma de instituciones (principalmente los edificios de la SEP y posteriormente del Patronato) como mecanismo de presión y negociación para abrir los canales de diálogo con las autoridades y, simultáneamente, emplearon las depuraciones como táctica para conservar el control. Leopoldo de Gyves relata que: “a partir de 1975 iniciamos la lucha por la depuración de los porros de algunas casas. Una de las primeras depuradas fue la nuestra, cuando se fueron algunos de mis paisanos, entre ellos Mariano Matus. ¡Solo que Mariano no era porro!, sino que tenía desacuerdos con los que éramos de la [Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo] COCEI y se fue en ese grupo y formó la Casa del Estudiante Juchiteco”.³⁸

Si se observa, la aprobación de las depuraciones no era unánime ni todos los expulsados eran partidarios del régimen. Ese tipo de desacuerdos fueron erosionando la camaradería en el interior de las Casas y del CNCEP en general, poniendo en duda el carácter democrático de los moradores, toda vez que los fallos pasaban más por el posicionamiento de los líderes que por la conciliación de las opiniones. Incluso se llegó a generalizar de manera excesiva y todos aquellos que no se sumaban a las acciones dictaminadas por el Consejo eran tildados de porros o reaccionarios. Los grises no existían, o estabas con ellos o estabas en su contra.

Respecto a ese tipo de situaciones, en marzo de 1977 un grupo de habitantes de la Casa del Istmo fue expulsado. Siete de los afectados denunciaron a Héctor Sánchez López y a Daniel López Nelio por “meter a toda su familia en la Casa” y por tachar a los expulsados de ser policías sólo porque no concordaban con sus ideas y no los acompañaban a las marchas. Según esas declaraciones, en las CEP sí se secundaban los movimientos populares, como huelgas y tomas de tierras, pero rechazaban que tales acciones fueran apoyadas por todos los residentes y acusaban que, más que respeto, los dirigentes infundían temor.³⁹

Ese tipo de declaraciones parecen excesivas, sobre todo porque las facultades de los líderes eran organizativas, resolutivas e incluso impositivas, mas no punitivas. Miguel Guzmán sostiene que “sí había compañeros muy violentos, había compañeros tanto del norte como del sur que proponían medidas muy fuertes para cada problema, y se supone que dentro de la organización se moderaba todo esto, pero sí había ocasiones en las que decidían que se tomaran estas Casas de porros por la vía armada”.⁴⁰ En las asambleas se procuraba persuadir para que las situaciones no desembocaran en actos de violencia y se salieran de control, pero aun así existieron grupos con pensamientos radicales que optaron por posturas más extremas.

38. Héctor Ibarra Chávez, *Juventud rebelde e insurgencia estudiantil: las otras voces del movimiento político-social mexicano en los años setenta* (Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 4ª ed., 2012) 95.

39. DGIPS, “Situación que prevalece entre miembros del CNCEP”, 22 de marzo de 1977, AGN, México, fondo SEGOB-IPS, caja 1832-C, exp. 15, s/f.

40. Miguel Guzmán Bravo, entrevista citada.

Como ocurrió en el caso de Oaxaca, la entidad del país con el mayor número de municipios y con mayor diversidad étnica, los regionalismos también motivaron escisiones en otras CEP:

Como la Casa [de Puebla] había sufrido un proceso de expulsiones, porque había compañeros que les llamábamos “los Atlixcos”, porque la mayoría era de la ciudad de Atlixco, se querían apoderar de la Casa como particulares, estaba complicado el ingreso pues lo investigaban a uno de todo, desde filiaciones políticas, que no tuviéramos relación con los recién expulsados y obviamente tener las constancias de estudio para poder ingresar y que realmente lo necesitara uno. Esto lo contemplaba el estudio socioeconómico, era un poco complicado para ese tiempo, pero cubiertos los requisitos ya no había tanto problema, aunque con el problema que había surgido, todos los de nuevo ingreso éramos extraños y siempre se nos estaba vigilando, ya que estaban los compañeros afuera, que posteriormente hicieron su propia Casa, y siempre con la amenaza de que querían tomar la Casa de Puebla.⁴¹

En todo caso, ya fuera por diferencias políticas, ideológicas, regionales o personales, el enemigo también se hallaba en Casa y tenía múltiples rostros. Con base en los datos recabados, el objetivo primordial de los “porros al servicio del Estado”, además de recobrar el control de los inmuebles, era evidenciar ante la opinión pública el nivel de violencia e inestabilidad que privaba en las CEP. De tal suerte que, independientemente de la línea ideológica y del móvil que sostuvieran los miembros del Consejo, al actuar como grupos de choque les concedieron a las autoridades un sólido argumento para desprestigiarlas y censurarlas.

Apriorísticamente, las encomiendas de los grupos porriles harían suponer que se ubicaban en las antípodas de las corrientes revolucionarias; sin embargo, Sánchez Gudiño apunta la existencia de un porrismo radicalizado con discurso socialista que tenía su base en las Preparatorias Populares (PP), cuya misión era intimidar, provocar y enfrentar a los progresistas y a los cuadros de izquierda que no compartieran sus estrategias de lucha.⁴² Si se contempla esa vertiente a la par del “porrismo fascista”⁴³ nos topamos nuevamente con la imposibilidad de encasillar el perfil ideológico y las identidades políticas de los miembros de tales agrupaciones.

A final de cuentas, los grupos de choque carecían de un posicionamiento político *per se*, su naturaleza era instrumental y sus objetivos respondían a los intereses de quienes los reclutaban, organizaban y dirigían. Precisamente por ello no puede pensarse que todos los porros actuaron a favor del régimen, sobre todo si se considera que, dentro y fuera de los distintos niveles de gobierno, había múltiples aspi-

41. Miguel Guzmán Bravo, entrevista citada.

42. Sánchez Gudiño 321.

43. Porrismo fascista es la denominación que Sánchez Gudiño otorga a las presuntas organizaciones de derecha que se aglutinaron en torno al Consejo Nacional de Estudiantes (CNE), entre ellas el MURO. Si bien considero que se trata de una conceptualización imprecisa, conviene mencionarla para remarcar los riesgos de las posturas asumidas y asignadas. Sánchez Gudiño 232-234.

raciones y distintas maneras de alentar u obstaculizar las causas. En cualquier caso, habría que atender las condiciones que motivaron a esos jóvenes a conducirse por el camino de la violencia contra propios y extraños.

Conclusiones

En octubre de 1976, a más de un año de que comenzara el conflicto por el cierre de las CEP, el periodista Xavier Rojas cuestionó en su columna si las Casas de Estudiantes eran para ayudar a los provincianos o si eran nidos de delincuentes.⁴⁴ El carácter dicotómico de esa interrogante quedó rebasado por la diversidad de actividades abordadas a lo largo de este recorrido; sin embargo, desde la perspectiva de los actores y de la opinión pública, ese encuadre formó parte de una toma de postura, pero también de una estrategia discursiva. En ese sentido, más allá de las evidencias empíricas, la pregunta de Xavier Rojas no tiene una respuesta irrefutable, sino múltiples posibilidades.

En efecto, la revisión mostró distintos modos de organización y ejercicios del poder en diferentes escalas, entre los que se incluyen la violencia política como mecanismo de contención del Estado y como recurso de negociación de los disidentes. Pese a que la violencia fluyó en ambas direcciones, las amenazas no formaron parte de los discursos, más bien, las acusaciones mutuas buscaban refutar la culpa y sólo aceptaban su participación en las hostilidades como reflejo de los agravios y provocaciones que emanaban de la otredad. Dicho de otro modo, la aparición de la violencia sirvió para justificar los actos propios y censurar los ajenos.

Durante más de tres décadas las CEP fueron escenarios en disputa que sobrepasaron lo académico y que, como hijas de su tiempo, reflejaron los contextos por donde transitaban. Así como la razón de ser de las Casas puede sintetizarse en una expectativa socioeconómica (la profesionalización), su funcionamiento puede explicarse a partir de una expectativa sociopolítica, más compleja y menos generalizable que la primera, pero igual de útil como categoría analítica. Huelga decir que dichas expectativas no se restringen entre sí; es decir, los obstinados con un título profesional bien podían ser fervientes militantes o cuando menos, personas solidarias.

Aunque desdibujada, si se concede la presencia de una expectativa sociopolítica sería necesario incluir distintas experiencias en la ecuación, puesto que, de acuerdo con Koselleck, no hay expectativa sin experiencias.⁴⁵ En este punto cobran relevancia la capacidad de agencia y las subjetividades políticas, elementos que ponen a discusión que la toma de decisiones no fue producto exclusivo del

44. Xavier Rojas, "Las Casas de Estudiantes, ¿son para ayudar a los provincianos o nidos de delincuencia?", *El Heraldo de México* (México) octubre de 1976: s/p.

45. Para el autor, tanto experiencia como expectativa son conceptos entrecruzados, por ello, no existe el uno sin el otro. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993) 336.

apego a un proyecto mayor, sino que formó parte del proceso de vida que involucró factores más mundanos como los sentimientos, los posicionamientos morales, el sentido común y todo aquello que constituye “la racionalidad de la ‘sinrazón’ social”.⁴⁶

Respecto al dilema entre colectividad e individualidad, lejos de buscar un predominio, se pretendió dar cuenta de las implicaciones mutuas, constantes e ineludibles; a saber, las CEP no serían las mismas sin el activismo de sus moradores ni los jóvenes hubieran logrado lo que lograron sin esos espacios que sostuvieron su formación académica y que, de manera colateral, los vincularon con las protestas sociales. Si bien podría sopesarse el nivel de congruencia entre los discursos y las acciones de los integrantes del Consejo, no hay que olvidar que muchos de ellos no rebasaban los 20 años; por lo que, sin desestimar sus actos por su condición de juventud, deben evaluarse con otro rasero, máxime cuando las negociaciones se entablaron con funcionarios experimentados como Maldonado Pereda.

Como haya sido, para los que se asumieron como revolucionarios cobró más relevancia el discurso, porque sus actos, por organizados y conscientes que pudieran ser, no significaron un riesgo real para transformar al régimen. En el caso de los asignados como porros, la importancia recayó en la acción, ya que ellos seguían órdenes sin mediar ideología con fines meramente funcionales. De tal suerte que, mientras los miembros del Consejo se denominaron abiertamente como democráticos y revolucionarios, quienes pertenecieron a las llamadas Casas de porros recibieron tal calificativo justificada o injustificadamente, pero en contra de su aprobación, o ¿acaso alguien aceptaría sin reparos que manipulaba y lucraba con la violencia?

El carácter extralegal de las agrupaciones porriles dificulta conocer su conformación y funcionamiento, pero aun con las respuestas esquivas de los funcionarios y el anonimato de los porros existen testimonios y registros que permiten cierta aproximación a sus prácticas y modos de operación. De manera puntual, dos informantes que habían aceptado dialogar conmigo respecto a su estadía por la Casa de Sinaloa (asociada con el porrismo) declinaron la entrevista cuando les expuse las líneas generales de mi investigación. Desafortunadamente, mi falta de pericia (o quizá de discreción) me privó de una parte de la historia que me disponía a construir, por lo menos en voz de sus protagonistas.

Afortunadamente, la otra mitad se mostró más entusiasta a compartir sus testimonios y permitió analizar el acontecer de las CEP desde sus entrañas, aunque aún queda mucho por contar y descubrir respecto a estos espacios. La renuencia de unos y el beneplácito de los otros a comunicar sus vivencias es indicativo del asignar y el asumir, conceptos que articularon este escrito. Se procuró así, tejer un diálogo entre estudiantes y autoridades en escalas globales y locales, ubicando los sucesos dentro de los contextos y no al margen de ellos. Asimismo, se pusieron a prueba distintos conceptos para abordar los conflictos estudiantiles desde una pers-

46. García Aguirre 238-240.

pectiva crítica que, sin negar o restringir, invita a reflexionar sobre las múltiples posibilidades de acción e interpretación de los sujetos.

La descripción en extenso de los repertorios de acción de los estudiantes y de los mecanismos de contención del régimen, la influencia de las especificidades regionales en las dinámicas de cada morada y las interconexiones entre los dirigentes de las CEP que devinieron en procesos políticos que perduran en la actualidad,⁴⁷ son algunos elementos que se insinuaron, pero que no se exploraron a profundidad. A pesar de esas deudas temáticas, esta investigación evidenció que las posturas dualistas crearon enemigos ficticios en determinados momentos y, en contra de la visión romántica de los movimientos estudiantiles, permitió concluir que ser joven y no ser revolucionario, más que una contradicción biológica, era una alternativa sociopolítica.

Fuentes

Manuscritas

Archivo General de la Nación, Ciudad de México (AGN)
Fondo Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales

Impresas

Periódicos y revistas

Avance: el diario de la capital (México) 1975–1978.

El Excelsior (México) 1977.

El Heraldo de México (México) 1976.

La Prensa (México) 1977.

Orales

Entrevista de Misael Martínez Ranero a Aicela Fernández Zamora, Ciudad de México–Puebla, 29 de julio de 2020.

Entrevista de Misael Martínez Ranero a Leopoldo de Gyves, Ciudad de México–Juchitán, 27 de junio de 2020.

Entrevista de Misael Martínez Ranero a Miguel Guzmán Bravo, Ciudad de México, 9 de agosto de 2020.

Internet

<http://www.memoriapoliticademexico.org/Efemerides/7/02071960.html> (2023).

<https://www.diputados.gob.mx/sedia/sia/re/RE-ISS-09-06-12.pdf> (2023).

47. Como la fundación de partidos políticos de izquierda y la ocupación de cargos públicos destacados.

Bibliografía

- Allier Montaño, Eugenia. *68 el movimiento que triunfó en el futuro: historias, memorias y presente*. México: UNAM-Bonilla Artigas Editores, 2021.
- Allier Montaño, Eugenia, Vilchis Ortega, César y Vicente Ovalle, Camilo. “Introducción”. *En la cresta de la ola. Debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente*. Coords. Eugenia Allier Montaño, César Vilchis Ortega y Camilo Vicente Ovalle. México: IIS-Bonilla Artigas Editores, 2020.
- Cejudo Ramos, Denisse. “Para analizar los movimientos estudiantiles”. *Revista Conjeturas Sociológicas* 20 (2019):134-153.
- Chapman Quevedo, William. “El concepto de sociabilidad como referente del análisis histórico”, *Investigación & Desarrollo* 23.1 (2015): 1-37.
- García Aguirre, Aleida. *La revolución que llegaría. Experiencias de solidaridad y redes de maestros y normalistas en el movimiento campesino y la guerrilla moderna en Chihuahua, 1960-1968*. México: Colectivo Memorias Subalternas, 2015.
- Ibarra Chávez, Héctor. *Juventud rebelde e insurgencia estudiantil: las otras voces del movimiento político-social mexicano en los años setenta*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Koselleck, Reinhart. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Editorial Trotta, 2012.
- López Macedonio, Mónica. “Los Tecos en el México de la primera mitad de los años setenta y su proyecto transnacional anticomunista”. Tesis inédita de maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, 2007.
- Martínez Ranero, Misael. “El tránsito hacia la enemistad: alusiones al estudiantado en los informes presidenciales de México (1946-1982)”. *Escripta* 5.9 (2023): 94-127.
- Pensado, Jaime. “Entre perdigones, provocadores y noticias apócrifas: Un caso comparativo a la represión estatal durante el movimiento estudiantil del '68 en México y Uruguay”. *Movimientos estudiantiles del siglo XX en América Latina*. Coord. Vania Markarian. Rosario: HyA ediciones, 2018.
- Rico Moreno, Javier y Salazar Rebolledo, Juan. “¿Dónde están los muchachos? Una aproximación a la diversidad sociocultural de los jóvenes mexicanos de los años setenta”. *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México*. Coords. Mario Santiago Jiménez y Denisse Cejudo Ramos. México: UNAM-DGAPA, 2018.
- Ríos Ferrusca, Herculano. “La desconcentración de la educación superior en ci-

- fras”. *Revista de la Educación Superior* 30.120 (2001): 1-12.
- Santiago Jiménez, Mario. “Anticomunismo católico. Raíces y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975”. Tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, 2012.
- Savarino, Franco. “La ideología del fascismo entre pasado y presente”. *Diálogos entre la historia social y la historia cultural*. Franco Savarino, Gumersindo Vera, Alejandro Pinet y Pedro Quintino. México: INAH / AHCALC, 2005.
- Sánchez Gudiño, Hugo. “Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)”. Tesis inédita de doctorado en Ciencias Políticas, UNAM, 2004.
- Sánchez Parra, Arturo. “Estudiantes radicales en México. El caso de los ‘enfermos’ de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS): 1972-1974”. *Revista de Historia* 67 (2013): 47-87.
- Servín, Elisa. “Los ‘enemigos del progreso’: crítica y resistencia al desarrollismo del medio siglo”. *Del nacionalismo al neoliberalismo, 1940-1994*. Coord. Elisa Servín. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Vicente Ovalle, Camilo. [*Tiempo suspendido*] *Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980*. México: Bonilla Artiga Editores, 2019.
- Vicente Ovalle, Camilo. “Una violencia que no quiere decir su nombre. La creación del enemigo político y la desaparición forzada en México, 1970-1980. Elementos para una historia”. Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2013.